

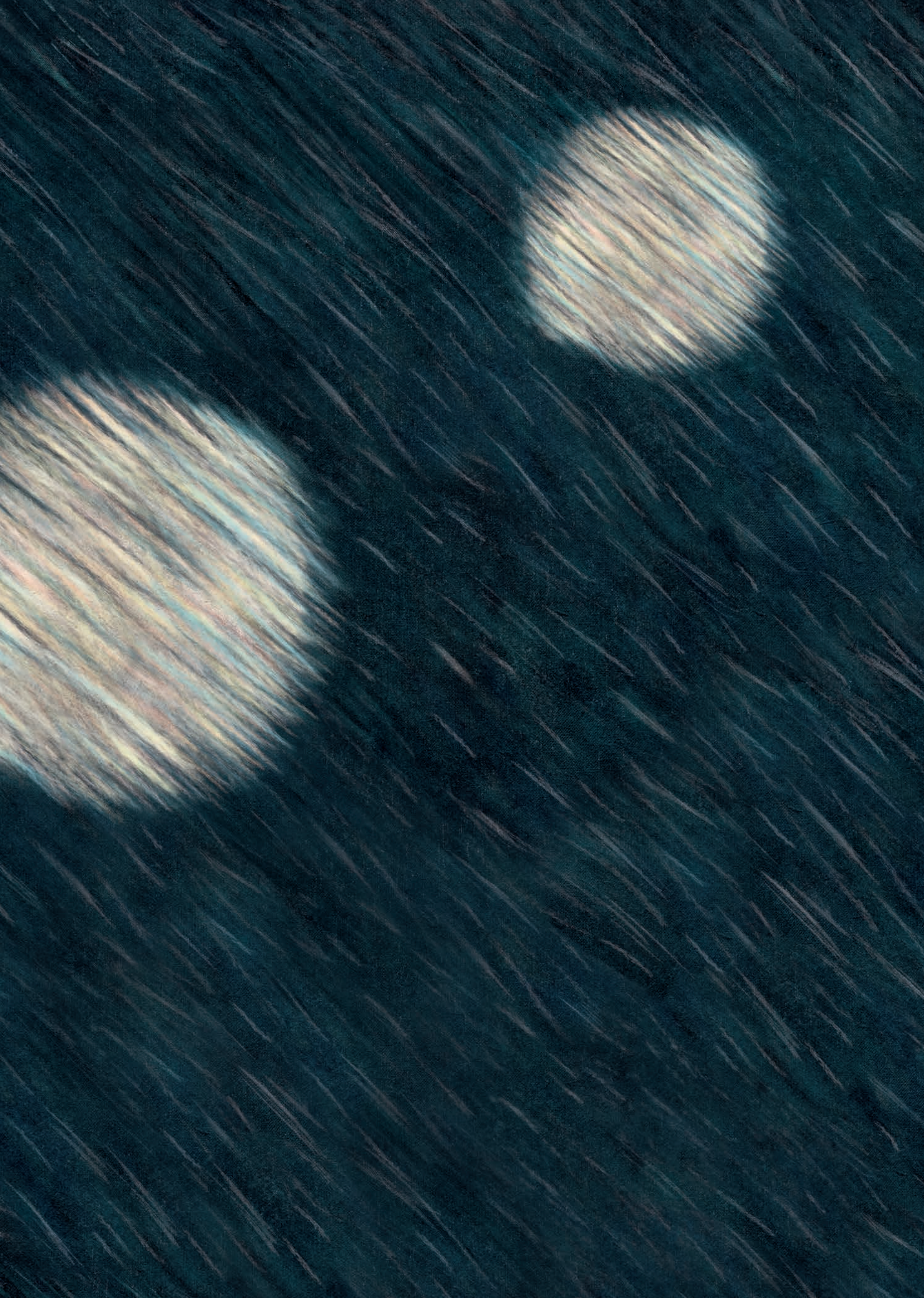
Wuela

*Historias que
abren caminos*



CONEXIÓN

CUENTOS: CECILIA DE MARCHI MOYANO
ILUSTRACIONES: MARIANNA DOTZAUER - ADA ESQUIROL



Título: VUELA - Historias que abren caminos
Proyecto: SUFASEC - Step Up the Fight
Against Sexual Exploitation of Children

Cuentos: Cecilia De Marchi Moyano

Ilustraciones: El Taburete

Marianna Dotzauer Gumucio, Ada Esquirol Ríos

Diseño y diagramación: El Taburete

Revisión:

Conny Toornstra, Directora Regional
Conexión América Latina.

Soledad Ardaya Coordinadora entre países
(Proyecto SUFASEC).

Mercedes Campos, Coordinadora Programa
Transformación Comunitaria
y Movilización Juvenil, Conexión.

Coordinación: Raití Espinoza,
Responsable Regional Comunicación
Conexión América Latina.

Impresión: Offspringrafic

Lugar y fecha: La Paz, Octubre 2025

Conexión América Latina

Teléfono: +591 2 2773877

Correo electrónico: info@conexionla.org

Sitio web: www.conexionla.org

Redes sociales: Conexión ICCO LATAM

Impreso en Bolivia

Introducción

Hace más de 15 años, un grupo de personas y organizaciones decidimos alzar la voz para hablar de algo que muchos preferían callar: la explotación sexual de niñas, niños y adolescentes (ESNNA). Una realidad dolorosa que toca el corazón mismo de la sociedad y nos interpela a actuar desde distintos ámbitos. Así nació el **Movimiento Vuela Libre**, una iniciativa regional latinoamericana impulsada por Conexión ICCO que creció en distintos rincones de América Latina desde la dignidad, libertad y esperanza. Desde entonces, hemos aprendido que hablar de estos temas no es solo necesario, sino urgente; que cada historia contada es una forma de romper el silencio y abrir caminos hacia la justicia y la protección.

Este libro nace de ese compromiso: **el de no dejar de mirar, de no callar, de no acostumbrarnos**. Aunque los datos sean incompletos, aunque los intereses sean poderosos y las cifras invisibles, la realidad está ahí, frente a nosotros, recordándonos que el dolor de una niña explotada o de un/a joven sin voz no puede ser indiferente para nadie. Y también está ahí la fuerza de quienes resisten, sanan y transforman: mujeres, jóvenes y comunidades que con valentía construyen entornos protectores y redes solidarias.

Cada relato que aquí se comparte está inspirado en vidas reales. Son historias de lucha, amor y heridas que se convierten en caminos de esperanza.

Agradezco profundamente a las mujeres y jóvenes que se atrevieron a compartir su historia y a las organizaciones que, desde sus territorios, acompañan y sostienen esta tarea de cuidar la vida.

Estas historias son posibles gracias a muchas alianzas, una de ellas es la Alianza Down to Zero (DTZ), conformada por Conexión, Child Rights Coalition Asia, Terre des Hommes Países Bajos, Plan Internacional, Defence for Children-ECPAT Países Bajos y Free a Girl, con quienes hemos trabajado por más de 10 años en 14 países de Asia y América Latina. En América Latina, los socios de Conexión ICCO son la Fundación Renacer en Colombia, Fundación Munasim Kullakita en Bolivia y El Refugio de la Niñez en Guatemala, quienes son parte imprescindible de estas historias.

Nuestro profundo agradecimiento al Ministerio de Asuntos Exteriores de los Países Bajos por su respaldo a la alianza Down to Zero y su compromiso con la protección de la niñez.

Te invito a leer estos cuentos con el corazón abierto. A compartirlos en familia, a representarlos en obras de teatro, a conversarlos en escuelas, plazas o comunidades. Que sean una herramienta para seguir hablando, para seguir mirando, para seguir creyendo en una sociedad que no abandona, que acompaña y protege.

Porque mientras haya una historia que contar, habrá también una razón para seguir luchando. Y mientras existan voces que se alcen, **seguiremos haciendo posible el vuelo libre de cada niña, niño y adolescente**.

Conny Toornstra
Directora Regional Conexión América Latina

Raynae*

El Espíritu del Bosque

Ttert era el guardián más admirado en todo el reino. Valiente, justo y siempre dispuesto a proteger a la comarca, se le consideraba un guardián ejemplar. Nadie imaginaba que en su jardín escondía un secreto.

Allí, bajo un roble antiguo, vivía Raynae, un Espíritu del Bosque. Estas criaturas mágicas sólo servían a quienes elegían libremente, pero el guardián había usado engaños para atraparlo. Al principio, el Espíritu se convencía de que lo ayudaba por voluntad propia. Curaba las heridas del guardián, le traía paz y sueños tranquilos.

Con el tiempo, las exigencias del guardián crecieron.

—Dame más poder —ordenaba el guardián—. Más que ayer, más que todos.

Raynae hacía lo posible por complacerlo, pero luego de hacer sus servicios quedaba agotado.

Un día, Raynae pidió regresar al bosque para ver a sus compañeros y recuperar su energía.

—No te recomiendo salir —respondió el guardián con voz grave—. No es seguro afuera. Hay ladrones y hay personas que querrán aprovecharse de ti. Podrían incluso lastimarte. Aquí estás protegido.

Raynae dudó, pero calló.

Tiempo después, el Espíritu volvió a pedirle salir del jardín. El guardián se puso a gritar, enojado, y lo hirió, cortándole la piel.

—Lo siento, lo siento tanto. No fue mi intención —mintió—. Solo quiero protegerte. Si no te dejo salir es por tu bien.

El miedo comenzó a enredarse en el corazón de Raynae. Ya no sabía si era culpa suya por insistir. Cada vez que se atrevía a hablar, el guardián lo castigaba:

—Nadie más te cuidará como yo —repetía.

Una noche, Raynae quiso salir del jardín para ver si realmente el mundo era peligroso, pero el guardián lo descubrió. Enceguecido de furia, el guardián golpeó y golpeó el cuerpo del Espíritu del bosque. Los golpes fueron tan fuertes que Raynae apenas respiraba. Había perdido toda su energía y tenía la piel llena de moretones. Creyendo que moriría, el guardián cargó su cuerpo apagado y lo trató de esconder abandonándolo en el bosque.

Por la mañana, los otros Espíritus lo encontraron, lo llevaron a su bosque de copal y lo cuidaron con paciencia. Entre inciensos, cantos y raíces, sanaron sus heridas. Sin embargo, cuando le pidieron contar la verdad, Raynae dudó.

—¿Y si no me creen? —susurró.

—Te creemos —le respondieron—. Y si tú hablas, otros Espíritus también estarán a salvo.

Raynae nombró a su agresor. Al oír “Ttert”, todos quedaron en silencio: ¿no era acaso el guardián famoso por su nobleza? ¡Qué rabia pensar que había pasado por héroe cuando hacía tanto daño!

Los espíritus acompañaron a Raynae hasta el rey. El monarca escuchó su relato y vio sus cicatrices. Luego, ordenó arrestar inmediatamente al guardián.

La noticia corrió rápido. Quienes lo admiraban no podían creer lo que había hecho, pero entendieron que las apariencias engañan. El Espíritu, en cambio, sintió alivio: ya no estaba solo, y su voz había salvado a otros.

El bosque entero celebró cuando Raynae pudo brillar de nuevo, primero suavemente y, poco a poco, con un brillo intenso que nacía de su libertad.



Laura*

El refugio

Laura era una chica que desde afuera parecía muy dura, pero por dentro era una bomba de tiempo. Un día, en la escuela, su profe le dijo que debía esforzarse más, o algo así, ipoco importa! Pero a ella se le quebró algo que ya estaba rajado, así que se fue gritando al baño, pensando en nunca más volver a salir. Pensaba terminar con todo.

En ese momento entró doña Juana. Ella era la portera de la escuela, pero era más que eso: era delicada con los niños, severa con los bravucos, clara con sus intenciones y generosa con las palabras. Doña Juana se puso a limpiar el baño y, mirándola de reojo, tarareó suavemente una tonada que la hizo sentir mejor. Luego dijo que necesitaba limpiar los vidrios y que, si no quería volver a la clase, podía acompañarla. Laura no respondió, pero doña Juana parecía sonreír con cada pasada de trapo.

Al final de la hora, Laura también estaba ayudando con la limpieza. Cuando terminaron, doña Juana la invitó a merendar con ella en el depósito. Laura nunca había entrado allí.

El depósito... no era lo que esperaba. Apenas cruzó la puerta, Laura sintió que el aire cambiaba: la penumbra estaba iluminada por una ventana que filtraba la luz. Destellos de luciérnagas flotaban en el aire. Las cajas amontonadas formaban paredes irregulares que parecían estalagmitas de una cueva milenaria, y en el centro había un viejo sillón rodeado de telas que caían como cortinas brillantes. Sobre un estante, la papelería escolar se mezclaba con libros viejísimos con cubiertas de cuero. Todo parecía sacado de un mundo de fantasía.

Laura miró a doña Juana y notó que se estaba transformando. Su guardapolvo se parecía a las alas de una mariposa cuando sale de su crisálida.

Doña Juana sacó un emparedado y lo partió en dos. Hizo partir la caldera eléctrica y le ofreció un té. Luego dijo:

—Si necesitas soledad, recuerda que este lugar es también para ti. Si necesitas compañía, recuerda que yo estoy aquí.

Al final de la hora, Laura sentía que estaba en la presencia de un ángel o algo así.

Por una semana, Laura fue cada mañana al refugio. Día a día fue tomando fuerza hasta que pudo hablar.

A Laura le pasó algo grave, una de esas cosas que cuestan entender y que cuestan todavía más contar, porque luego da miedo confiar en las otras personas. Alguien muy cercano a Laura le hizo mucho daño y de manera intencional. Pero lo peor no fue eso: fue que cuando lo contó nadie le creyó. Laura no sabía qué hacer. El mundo le resultaba un lugar amenazador y violento y se sentía muy sola.

Doña Juana la escuchó. Le pidió permiso para abrazarla. La mantuvo apretada un buen rato. Laura lloró como hace tiempo necesitaba hacerlo. Luego, muy suavemente, la mujer le dijo:

—De niño uno tiende a contar muchas cosas fantásticas. No son mentiras, sino visiones de la realidad alteradas con la imaginación. Pero a veces eso hace que una verdad dura, importante, terrible, sea tomada como parte de esas historias. Con el tiempo aceptarán la verdad, pero tú no puedes esperar.

Se quedaron un largo rato en silencio.

—Escúchame —dijo la portera—, te entiendo mucho mejor de lo que crees. Porque me ha pasado algo parecido cuando era niña. No quiero que estés sola nunca más. Te agradezco que me hayas contado tu historia, pero necesitas contarla a otras personas más capacitadas que yo en ayudarte. No te voy a dejar sola, mi niña.

Luego de algunos días, doña Juana la llevó a conocer a unas personas especializadas en proteger y en ayudar a quienes pasaron por algo parecido.

—Sin su ayuda no habría podido salir adelante —dijo Juana—. Ahora mismo estoy estudiando para algún día hacer ese mismo trabajo.

Laura pudo contar su historia. La ayudaron para superar el pasado y transformar su presente. Con el tiempo, Laura decidió estudiar y prepararse para ayudar a otras personas. Y, cuando tiene tiempo, pasa a visitar a doña Juana. Se toman un té en la cueva y, mientras hablan, extienden sus alas que brillan con el sol que se filtra por la ventana.



Medi y yo*

La sombra y la luz

Yo era una aprendiz en la aldea cuando lo conocí. Él era dulce, me ayudaba con mis estudios y siempre me preguntaba por mi familia. Yo no quería contarle que en mi casa las cosas estaban mal, pero él lo intuía. Me dijo que me mudara con él, que juntos podríamos conseguir el dinero que nos hacía falta para pagar las cuentas acumuladas. Yo confié en él.

Me dijo que era la única manera, que no había trabajo para una aprendiz, que nadie hubiera confiado en darme tareas difíciles porque no sabía nada del mundo. Pero todo el cariño que me mostró fue solo una trampa. Fue así como caí en las manos de la Sombra.

La Sombra estaba en todas partes. Prometía futuro a quienes no tenían nada y se colaba en las heridas abiertas. Sus Emisarios buscaban convencer a otras muchachas jóvenes de que su única posibilidad era alimentar a la Sombra. Lo peor era descubrir que algunos de los que debían detenerla eran parte de la Sombra: guardias que miraban a otro lado o abusaban de su poder, autoridades que preferían callar.

Ella elegía con cuidado: sabía que el dolor abre grietas donde es fácil sembrar cadenas. Buscaba a quienes pasaban hambre, a las que habían perdido a sus padres, a las que buscaban escapar de los golpes o del desprecio y devoraba poco a poco a sus presas.

La Sombra me ordenó servirle. Pedía que le entregara mi tiempo, mis emociones, mi cuerpo, sin darme nada o casi nada a cambio. La Sombra se comía mi vida y yo no sabía cómo esconderme de su poder.

Al principio me daba monedas brillantes y me dijo que mi familia estaría a salvo, pero detrás de cada promesa venía la amenaza: "Si fallas, tu madre dormirá para siempre"; "si hablas, tus hermanos desaparecerán". La Sombra estaba en todas partes: en los rumores del mercado, en la mirada sospechosa de los guardias, incluso en el silencio de quienes parecían amigos. ¿A quién podía acudir si la Sombra escuchaba hasta mis pensamientos?

Una noche encontré a mi amiga Medi. Ella estaba comenzando a salir con uno de los Emisarios de la Sombra. Quería explicarle lo que

había pasado, lo que podía sucederle. El Emisario le dijo que yo estaba celosa y que en el fondo no la comprendía. Medi deseaba tanto que eso fuera verdad, que no me escuchó. Esa noche la Sombra devoró parte de su espíritu y a mí me castigó. Quería darme una lección para que nunca más me interpusiera con sus deseos.

Desde entonces, cuando me veía, Medi esquivaba mi mirada. Yo también me odié, pero el miedo me mantuvo encadenada.

Pasaron lunas. Una tras otra, la Sombra devoró a muchas muchachas de la aldea. A unas les prometía riquezas; a otras, amores en tierras lejanas o trabajos en ciudades que nunca existieron. Cada vez que lo hacía, sentía que mi alma se volvía ceniza.

Un día, la Sombra me exigió traer a una niña de apenas doce inviernos. Esa orden me rompió. Aquella noche no dormí: escuchaba en mi cabeza los gritos de Medi y de las demás. Pensé en mi madre, en mis hermanos, en la culpa que me devoraba. Y decidí que ya no podía seguir.

Nunca tuve el coraje de volver a acercarme a Medi. Me pesaba el dolor, me sentía cobarde. Pero esa noche la busqué. Le propuse escapar. Quizás juntas podíamos romper las cadenas. Cuando me vio en su puerta, me miró con una tristeza y culpa que yo conocía bien.

Ella me escuchó en silencio, con los puños apretados. En sus ojos se leía la rabia, la frustración y la desconfianza. Por un momento pensé que me echaría de su lado, pero en cambio me dijo: "La culpa no nos define. Lo que hagamos ahora sí. ¿De verdad quieres salir?". Le dije que sí.

Juntas fuimos a la casa de la Hermandad, mujeres que eran capaces de verte tal como eres realmente: como una persona. Me ayudaron a comenzar una nueva vida, a salir de la Sombra, a buscar la luz.

Hoy, después de tantos años, camino con la Hermandad. Me acerco a muchachas que parecen cómplices, pero que en realidad están atrapadas por amenazas. Las acompaño y protejo. Las escucho y luego les cuento mi historia. Algunas me escuchan, otras no, pero yo insisto. Porque aunque solo salve a una, habrá valido la pena.



Sofía*

En la red

En la estación orbital Nébula IV estaban las escuelas donde asistían los hijos de los exploradores galácticos. Los exploradores debían ausentarse por mucho tiempo, así que las niñas de inteligencia artificial cuidaban a los niños y jóvenes.

Sofía, de quince años, para no aburrirse pasaba muchas horas conectada a la Trama Holográfica, una especie de internet espacial donde cada usuario creaba mundos virtuales a su medida. Casi todos sus compañeros usaban la Trama para conocerse y hacer nuevos amigos.

Una tarde, mientras navegaba por la Trama, apareció un perfil de usuario desconocido.

—¡Hola! Soy Dalek. Te he visto explorando por este mundo virtual. ¿Sabes que existe un sector oculto de la Trama? Si quieres te lo puedo mostrar.

El chico parecía simpático y tenía más o menos su edad. Sofía era una chica curiosa pero precavida, así que le hizo preguntas sobre el sector del que hablaba, sin animarse a más.

Dalek le comenzó a escribir cada día, proponiéndole juegos, compartiendo historias inventadas de viajes entre estaciones. Sofía se dio cuenta de que esperaba sus mensajes con entusiasmo; sentía que alguien al fin la entendía.

Con el tiempo, Dalek empezó a pedirle favores: —Muéstrame cómo es tu habitación real. Así siento que te conozco de verdad.

—Enséñame una foto sin tu uniforme escolar, solo tú.

Sofía dudaba, pero la insistencia era dulce, casi halagadora. Una noche, Dalek fue más lejos:

—Pásame tu clave de acceso. Si la compartes, podremos conectarnos sin límites, como si estuviéramos juntos en persona.

El estómago de Sofía se tensó. La clave de acceso era como la puerta de su casa. Permitía conocer el mapa de la estación orbital. Entonces recordó una charla en la escuela, donde les habían explicado que en la Trama existían depredadores digitales que se disfrazaban de adolescentes para engañar. “Nunca entreguen información personal ni claves de acceso”, les habían repetido las niñas. Esa advertencia resonó en su mente como una alarma:

—Si vives en esta estación, ¿en qué escuela estudias?

Hubo un largo silencio. Después, Dalek cambió de tema.

Inquieta, Sofía activó una función para rastrear el origen de la señal de la Trama de donde escribía Dalek. Y de pronto el perfil de usuario se deshizo y reveló otro perfil escondido: no era un chico, sino un adulto con múltiples conexiones en varias estaciones orbitales. Alguien que se disfrazaba para acercarse a menores.

Sofía tembló, pero no cerró la sesión. Guardó las pruebas y las envió al Comité de Ciberseguridad de la estación. Al día siguiente, confirmaron que su denuncia había permitido dismantelar una red de engañadores que operaba en distintos sistemas.

Desde entonces, algo cambió en ella. No solo fue más cuidadosa con sus propios datos, sino que empezó a participar en encuentros juveniles de la estación para contar lo que había vivido. Su objetivo era claro: ayudar a que otros chicos y chicas reconocieran las señales de peligro antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando sus amigos escucharon la historia, se sorprendieron de su sangre fría. Sofía no dijo mucho. Simplemente volvió a la Trama, pero esta vez con la certeza de que cada acceso, cada dato personal, era una frontera que nadie debía cruzar sin permiso.



Lira*

La Terminal Delta-7

La Terminal Delta-7 es un puerto espacial, suspendido entre estrellas azules y polvo estelar, donde llegaban cada día centenares de naves.

Una tarde, una vieja nave atracó en el muelle 43. Cuando la puerta se abrió, bajó un grupo de seres, los bikiriq, que huían de un conflicto en su planeta. Habían logrado escapar pero no tenían nada. No conocían el idioma intergaláctico. Y, para colmo, todo en la plataforma era confuso y ruidoso, lleno de salas de fiestas, bares, tiendas, restaurantes, viajeros que corrían por los pasillos y hasta un café internet. Aunque todo parecía brillante y nuevo, debajo del resplandor de los anuncios había sombras que se movían con malas intenciones. La plataforma era tierra de nadie. No existía una ley galáctica que protegiera a los viajeros.

Un comerciante los estaba observando desde la distancia. Se acercó y se ofreció a ayudarlos. Luego de escuchar su historia, les ofreció empleo y comida a cambio de transportarlos en su nave a un lugar seguro y protegido. Los bikiriq, cansados, decidieron aceptar.

El comerciante trató de hacerlos subir a su nave cuando apareció Lira, una joven que trabajaba en la terminal, envuelta en una capa de cuadros plateados. Con voz firme, se interpuso entre ellos y el comerciante.

—Esperen un rato, no se apresuren. En esta terminal hay quienes esconden malas intenciones detrás de palabras amables. Los bikiriq dudaron.

El comerciante, molesto, la interrumpió:

—¿Y tú quién eres para desconfiar?

Lira alzó la mano y detrás de ella aparecieron otros trabajadores de la terminal. Su presencia

era suficiente para que el comerciante retrocediera y se perdiera entre la multitud.

Uno de los bikiriq preguntó:

—Gracias por protegernos, pero ¿por qué nos ayudan, si aquí nadie parece interesarse por nosotros?

Lira los condujo a un escondite que estaba oculto entre los hangares. Mientras caminaban, dijo:

—A uno de nosotros le pasó algo parecido. Estos “comerciantes” buscan engañar a los recién llegados aprovechando la confusión y el ruido. Quienes caen en sus manos, pueden desaparecer sin dejar rastro.

Abrió la puerta de su escondite y les ofreció un lugar donde descansar. Luego prosiguió con su historia:

—Los viajeros que desaparecen son vendidos como “tripulantes” para trabajar sin descanso, otros son ofrecidos en mercados de esclavos. No queremos que eso siga sucediendo, porque cada ser debe poder llegar sano y salvo a su destino. Aquí, en el borde de la galaxia, o nos cuidamos entre nosotros o estamos perdidos.

En el escondite de Lira había viajeros de distintas especies: jóvenes, ancianos, familias enteras que habían escapado de engaños similares. Compartían historias de lo que les había pasado y de cómo aprendieron a reconocer las promesas falsas: contratos que nadie podía leer, viajes sin regreso, “oportunidades” demasiado buenas para ser ciertas, propuestas de ayuda demasiado generosas. Una telaraña de mentiras.

Los bikiriq comprendieron que la Terminal no era solo un lugar de tránsito, sino también de decisiones y algunas pueden ser irreversibles. Aprendieron a mirar con cautela, a preguntar, a apoyar a otros viajeros, a crear una nueva cultura en la Plataforma.



Darla y Sila*

Veneno de Cristal

Darla trabajaba reparando cohetes: abría paneles, revisaba cables, cerraba compuertas. Recibía las órdenes de la oficina, iba a la base donde estaba el cohete y trabajaba todo el día. Siempre lo mismo. Hasta que, mientras caminaba por los corredores de la base buscando el siguiente cohete, escuchó algo distinto: un sollozo.

Entre las tuberías oxidadas, vio a una chica flaca, con las venas cruzadas por filamentos plateados. "Veneno de Cristal", pensó Darla. "Debe usarlo desde hace tiempo".

—No... no me mires —susurró la chica, encogida.

—Demasiado tarde —respondió Darla. Sacó de su caja de herramientas una manta térmica y la envolvió con cuidado. La alzó y la cargó hasta su casa.

El cuerpo de la muchacha tembló toda la noche. "Necesita aprender a vivir sin Veneno", pensó Darla.

A la mañana siguiente, antes de salir, le limpió la sangre con un purificador y, cuando llegó por la noche, la cubrió con mantas hasta que el temblor cedió. Volvió a repetir lo mismo al día siguiente, y el que vino después. Y al día siguiente también.

Al principio la joven apenas podía hablar. Poco a poco, a medida que su sangre se limpiaba, fue despertando.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó una madrugada.

—Porque no lo hice a tiempo con mi hijo —dijo Darla. Luego de un largo silencio, preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Puedes llamarme Sila.

Un día, mientras Darla preparaba el desayuno, golpearon la compuerta. Darla miró por la ventana y vio que dos traficantes la estaban buscando.

—¿Ha visto por aquí a uno de nuestros siervos? —preguntaron.

—Me harán llegar tarde al trabajo —dijo Darla.

—Váyanse a buscar su basura en otro lado.

Mientras cerraba la puerta, vio unos drones exploradores que volaban bajito.

—Si te encuentran, me matarán —dijo Darla.

—Entonces no los dejes entrar —dijo Sila, con una media sonrisa temblorosa.

Darla se puso a reír. Y de pronto se dio cuenta de que era la primera vez que reía desde hace años. Esa risa fue una chispa que encendió algo en ella. Durante las siguientes noches, reactivó sistemas de defensa, improvisó trampas en pasillos. Instaló un bloqueador de impulsos eléctricos. Pocos días después, un dron quiso entrar en su casa, pero recibió un pulso eléctrico directo al núcleo que lo hizo estallar.

Sila aplaudió.

—No sabía que fueras tan peligrosa.

—Yo tampoco lo sabía —contestó Darla, riendo.

A medida que la joven se recuperaba, aparecían destellos de memoria.

—Recuerdo voces... me decían que tenía que abrir puertas. No con llaves, sino con... con mi mente.

—¿Qué clase de puertas? —preguntó Darla.

—Ellos querían usarme para atraer a otras chicas como yo. Me inyectaban Veneno de Cristal porque así podían usarme sin que me diera cuenta. Soy un Sistema de Incursión Local Avanzado: SILA.

Darla se quedó pensativa. Sila no era solo una víctima: era una herramienta que valía mucho para los traficantes. Y ahora la buscaban más que nunca. No iban a tardar en descubrirlas. Decidió buscar ayuda. Contactó una red de defensores que las sacaron de su casa y les dieron un lugar donde estar tranquilas.

Con el tiempo se dieron cuenta de que, si no hacían nada, otras personas iban a ser atrapadas por los traficantes así que se unieron a los defensores. En su primera misión juntas, interceptaron un cargamento de Veneno. Mientras Darla mantenía ocupados a los drones, Sila bloqueó los controles de la nave mercader.

—Esto es mejor que cualquier videojuego —dijo, aunque el sudor le corría por la frente.

—Solo que, si pierdes, no hay reinicio —respondía Darla, mientras lanzaba otro pulso eléctrico.

—Pero podremos salvar a otros como yo —dijo Sila. —Ésa es nuestra recompensa.



Camila*

Las cicatrices invisibles

Tomás se sentaba siempre en el último banco. Encogía los hombros, como si pudiera volverse invisible entre carpetas y murmullo de compañeros. Había aprendido que el silencio era un escudo. En el colegio apenas se sabían su nombre.

Los comentarios flotaban en los pasillos: “El nuevo es raro”, “Ni se ríe”. Tomás tragaba saliva, apretaba el bolígrafo hasta que le dolían los dedos y prefería callar.

Un martes, en la clase, la profesora pidió escribir prejuicios comunes. Uno a uno, los leyeron en voz alta:

–El que calla es porque esconde algo.

–Los que vienen de otros lados siempre traen problemas.

Cada frase lo golpeaba como un puño. Bajó la vista al cuaderno, deseando que el suelo lo tragara.

Entonces habló Camila. Su voz era suave, pero firme:

–Yo escribí: “Si alguien vivió algo doloroso, se rompe para siempre”. Eso lo escuché seguido y me parece una mentira cruel. Yo pasé por cosas feas... y acá estoy. A veces la gente cree que si te pasó algo, es porque hiciste alguna cosa mala para merecerlo. Como si el dolor se buscara. Pero no. A veces simplemente te lo imponen. Y eso no te hace culpable.

Tomás levantó los ojos y la miró. En su expresión había algo reconocible, como un eco de un lugar oscuro que él también conocía.

Al salir, la alcanzó en el pasillo.

–Lo que dijiste... me ayudó –susurró, con la voz quebrada.

Camila sonrió.

–A mí también me ayuda decirlo. Hay heridas que no se ven, pero existen. Y cuando alguien te

escucha, pesan menos. Una vez alguien me dijo que si no conté lo que me pasó es porque no fue tan grave –dijo Camila, mirando al suelo–. Pero a veces el silencio no es olvido. Es miedo. Tomás asintió. No necesitaba preguntar. Él también conocía ese miedo.

Desde ese día empezaron a caminar juntos. Al principio las charlas eran tímidas: un profe estricto, un meme, una canción pegajosa.

Una tarde, mientras compartían un alfajor, Camila bajó la voz:

–A veces me quedo despierta porque no quiero soñar. Los sueños me devuelven cosas que quisiera borrar.

Tomás sintió un nudo en la garganta.

–Yo también –dijo, muy suave.

No necesitaron más. Se entendían en las pausas, en la forma de cambiar de tema justo antes de que la voz temblara. Era como mostrar cicatrices invisibles con un gesto en lugar de palabras.

Con el tiempo, se unieron a un grupo del colegio que hacía campañas contra la discriminación. Entre carteles pintados, charlas y dinámicas, descubrían otra manera de respirar. Para algunos era sólo un proyecto escolar; para ellos, un refugio compartido.

Una tarde de viernes, mientras limpiaban pinceles manchados de azul y verde, Camila dijo:

–¿Sabés qué? Me di cuenta de que lo que nos pasó no nos define. Lo que nos define es lo que hacemos ahora, lo que elegimos.

Tomás la miró y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió con sinceridad.

–Entonces elijamos seguir.

Sintió que aquellas palabras eran un paso en un mapa nuevo. Uno donde las cicatrices no se borran, pero se convertían en caminos.



CUANDO
PRO-
TEGEMOS
LA
INFANCIA
Y LA
ADOLESCENCIA
FLORECE
LA
COMUNIDAD

Teo*

Buscando la voz

En el barrio donde vivía Teo pasaban muchas cosas que a él le quemaban por dentro.

Veía cómo algunos chicos dejaban la escuela porque tenían que trabajar, cómo los más grandes se adueñaron de la cancha y echaron a los demás, cómo la gente aguantaba promesas vacías de los políticos sin decir una palabra. Todos murmuraban en voz baja, pero cuando llegaba el momento de hablar, nadie decía nada.

Teo tampoco hablaba. Había aprendido a quedarse callado, a encogerse de hombros para no meterse en problemas. Pero cada vez que callaba, sentía que traicionaba algo dentro de sí. Por las noches soñaba con una voz que lo llamaba, fuerte y clara, desde los totorales cerca al río.

Una mañana decidió buscar su voz. Se subió a su bicicleta y fue al lugar que le aparecía en sueños. Entre los juncos, Teo encontró una chica de su edad. Él le preguntó:

—¿Has visto o sentido una voz por aquí?

La chica respondió:

—¿Has visto o sentido una voz por aquí?

—¿Por qué me copias? —preguntó, molesto.

—¿Por qué me copias? —dijo ella, bajando la mirada—. Por qué me copias.

—¿Puedes decir alguna otra cosa? —preguntó él.

—Puedes decir alguna otra cosa —respondió la chica con tristeza.

Teo se quedó callado, pensando.

De alguna manera la entendía: en su barrio también se aprendía a repetir lo que dicen los otros para no tener problemas. Pero supo que, si quería encontrar su voz, debía dejar de esconderse detrás de las palabras de otros. Y decidió seguir buscando.

Más adelante se encontró con el río, que había crecido como nunca. El agua rugía como si quisiera arrastrarlo. De la niebla surgió una

figura alta, con una máscara que tapaba la boca. —Soy el Viento del Silencio —dijo el extraño ser—. ¿Para qué luchar por tu voz? Es más fácil callar y ser como todos.

Teo recordó las veces que había bajado la cabeza en la cancha, en la escuela, en las asambleas, incluso en su propia casa. Sí, era más fácil callar. Pero también era más doloroso.

—Mi voz es mía —dijo, temblando pero firme—. Y no voy a dejar que me la quiten.

El río se calmó y el Viento se fue corriendo por la pampa.

Teo decidió seguirlo. El sol lo mareaba y mientras pedaleaba sentía que sus fuerzas lo abandonaban. Allí, la duda lo golpeó: ¿de verdad importaba su voz? ¿No sería más sencillo seguir como siempre, en silencio?

De pronto, el Viento del Silencio regresó, ahora gigantesco, con tanta violencia que hacía un sonido estremecedor, como si quisiera borrar todas las voces del mundo.

Teo sintió miedo, pero con la fuerza que le quedaba, gritó:

—¡No me vas a callar! ¡No me voy a callar! ¡Yo sé quién soy!

El viento tembló, se partió en mil susurros, y desapareció. Frente a él encontró un Zorro, que lo miraba fijo. El animal se puso en dos patas y le dijo:

—Lo lograste, Teo. Encontraste tu voz. Tú eres tu voz.

Teo y el zorro se pasaron el resto de la tarde jugando. Y cuando el muchacho volvió al barrio, se sentía mucho más fuerte.

Ahora no estaba solo: tenía a su voz que lo acompañaba. Y una voz valiente puede cambiar el mundo.



Paola*

Recetas para despertar

El polvo se pegaba a las manos de Paola mientras pasaba un trapo en el viejo baúl de su abuela. Paola limpiaba sin poner mucha atención a lo que hacía, mientras soñaba con carreteras, luces, grandes edificios y con escapar del barrio gris.

Entonces, bajo una manta raída, algo brilló como una brasa escondida. Era un cuaderno grueso, cubierto de hierbas secas. Cuando lo abrió, un olor a pan recién horneado llenó el aire y sintió un calor extraño en las yemas de los dedos. En la primera página, con letra temblorosa, se leía: "Sopa de maní para el ánimo".

La receta parecía sencilla pero Paola recordó cómo su abuela siempre decía: "Cada plato lleva el alma de quien lo cocina". Se dejó llevar y decidió probar. Picó ingredientes y especias, molió los maníes y, mientras removía la olla, una lágrima de recuerdo cayó en el caldo. Del vapor brotó una niebla dorada que escapó por las calles. Y cuando probó el plato, recordó el cariño de su familia, las caricias de su madre, la sonrisa de su abuela. Pero además pasó algo raro: esa tarde, el carnicero, que jamás sonreía, regaló unos huesos al viejo de la esquina. La gente del barrio, sin saber por qué, respiraba un aire más ligero.

Al día siguiente, Paola probó otra receta: "Api para la unidad". Invitó a sus amigos Marco y Sofía a cocinar. "No servirá de nada", murmuró él, encogido en su silencio. "Siempre lo mismo aquí", se quejó ella. Pero aceptaron. Mientras preparaban la mesa, Paola preguntó:

—¿Qué es lo que quisieran cambiar del barrio?
Las quejas fueron cayendo como semillas: la basura en la cancha, el mercado sucio, la falta de ganas. Pero, cuando sirvieron el api caliente, Marco levantó la mirada:

—Yo voy por escobas —dijo, con una decisión nueva.

—Y yo pido baldes —dijo Sofía, sorprendida de sí misma.

Desde entonces, cocinar juntos se volvió costumbre. No solo comenzaron a vender platos, sino que reunían al barrio para cambiarlo. Cada receta parecía abrir conversaciones y despertar esperanzas.

Paola aprovechó cada una de las recetas de su abuela, pero a un cierto punto... se acabaron. Es decir, preparaban siempre los mismos platos y las personas se comenzaron a aburrir de repetir siempre los mismos sabores.

Paola pasó varias noches pensando qué hacer. Y de pronto, cuando ya estaba comenzando a perder la fe, en sus sueños apareció su abuela, que le dijo: "La comida es memoria, pero también es creación". Se despertó con una lluvia de sabores y de ideas.

Por la mañana, cuando llegaron sus amigos, Paola propuso:

—¡Hagamos nuestro propio recetario!

Esa noche, en la cocina luminosa, mezclaron lo que tenían: los ingredientes de la huerta, la risa que no se apaga, un puñado de especias viejas y la paciencia de aprender. Cocinaron despacio, como si amasaran el futuro con las manos. La mezcla hervía con un color inesperado, entre rojizo y dorado, como las brasas de una fogata.

Al amanecer llevaron un nuevo plato al mercado. No ofrecieron magia, sino alegría: "Esto lo inventamos nosotros, para no rendirnos". La gente probó, primero con curiosidad, luego con entusiasmo.

Con el tiempo, Paola cerró el recetario y lo guardó en el baúl. Ya no lo necesitaba. La chispa de su abuela seguía ardiendo, no en las páginas del viejo libro, sino en sus manos y en la esperanza de cocinar su propio futuro.



Los cuentos de este libro están inspirados en historias de vida de lideresas y líderes juveniles y comunitarios de Guatemala, Colombia y Bolivia, países en los que Conexión trabaja junto a socios como El Refugio de la Niñez, Fundación Renacer y Fundación Munasim Kullakita. También en el proyecto Movilizados en Bolivia y Perú, implementado por Conexión inspiró otra de estas historias. Los cuentos son ficciones escritas a partir de la vida, acciones y compromiso de las y los líderes:

Rafaela (37 años), Guatemala, inspiró el cuento ***Raynae - El espíritu del Bosque** (pg.2)

“Esta tranquilidad nadie me la va a quitar”

Rafaela es una mujer maya q’eqchi’ líder de la Aldea Chizubin del municipio de Lanquín, departamento de Alta Verapaz. Es una mujer resiliente que, frente a la adversidad, encontró el valor para romper el ciclo de violencia y comenzar una nueva vida. Ella sabe que la violencia no daña solo el cuerpo sino el espíritu, tuvo la fortaleza de denunciar y encontró el impulso para ser una mujer que lucha por sí misma, sus hijas y su comunidad. Lucha para que la violencia no sea aceptada, normalizada e instituida en las familias. Forma parte de redes comunitarias y de la Escuela de Padres, un espacio para compartir alegrías, experiencias e impulsar el bienestar emocional y la autoconfianza de madres y padres que buscan acompañar de manera amorosa a sus hijas e hijos.

Lidia (23 años) Guatemala, inspiró el cuento ***Laura - El Refugio** (pg.4)

“Quiero ser para otros jóvenes una inspiración”

Lidia es una joven líder de la Aldea Chicoyoj I de Santa Cruz Verapaz. Encontró la fuerza para escuchar su propia voz frente al silencio y a la falta de credibilidad que la rodeaba y logró ser escuchada por su familia y comunidad. Encontró sentido a su vida el momento que decidió hablar y en el encuentro con personas que le comprendieron, acompañaron e impulsaron a ser lo que hoy es: una joven líder que inspira a otros jóvenes, que se valora a sí misma como mujer, que alza su voz sabiendo que puede transformar vidas. A través de su fortaleza, entusiasmo y carisma, previene la Violencia Sexual y la ESNNA, siendo parte de grupos juveniles que previenen estos delitos en sus comunidades.

El Refugio de la Niñez es la organización que acompañó a Rafaela y Lidia. Tiene una trayectoria de más de 16 años en la protección de niñas, niños, adolescentes, sus entornos familiares y comunitarios, y de población vulnerable a la violencia, incluidos adultos. Brinda respuesta humanitaria a personas en situación de movilidad humana y de emergencia, a partir de gestionar y promover acciones orientadas a la restitución de sus derechos.

Cinthia (20 años), Bolivia, inspiró el cuento

***Sofía - En la red** (pg.8)

"Alzar nuestra voz.... significa libertad, hablar, gritar sin miedo, no estar solos"

Cinthia es una joven líder del Distrito 8 de El Alto. A partir de un fuerte compromiso social y el apoyo de su familia tomó la decisión de participar en Guardianes de la Niñez, una organización juvenil que previene e incide para proteger a sus pares de la ESNNA. Ante un entorno marcado por la vulnerabilidad social y diversos riesgos, Cinthia reconoció los problemas de su comunidad, se formó para ser facilitadora local, compartiendo con jóvenes y vecinos herramientas de prevención. Impulsó la participación de sus hermanas, protegiendo su círculo cercano y fortaleciendo el tejido comunitario desde el conocimiento, la empatía y el liderazgo juvenil.

Josefina (50 años), Bolivia, inspiró el cuento

***Lira - La terminal Delta 7** (pg.10)

"Soy los ojos y oídos de la Terminal de Buses"

Josefina es una mujer lideresa que trabaja en la Terminal de Buses de La Paz, lugar en el que confluyen diversos riesgos. A partir de la desaparición de una bebé en este lugar, Josefina decidió involucrarse activamente. Comprendió que ella, junto a otras mujeres, tienen el poder de generar un cambio en la Terminal y prevenir situaciones de trata y tráfico. Dentro de su asociación, impulsó procesos de fortalecimiento interno y promovió espacios de réplica y sensibilización. Hoy realiza acciones de incidencia con autoridades, promueve la autorización de viaje para niñas, niños y adolescentes, y sensibiliza desde su compromiso con la corresponsabilidad comunitaria.

La Fundación Munasim Kullakita es la organización con la que Cinthia y Josefina se formaron. Por más de 15 años, la Fundación acompaña procesos de inclusión de personas en situación de sufrimiento social, a través de la interacción participativa de la comunidad. En este sentido, promueve una comunidad organizada y protagónica en procesos de inclusión de las personas en sufrimiento social, garantizando la seguridad y bienestar en el marco de los derechos humanos.

Delvis (56 años), Colombia, inspiró el cuento

***Darla y Sila - Veneno de Cristal** (pg.12)

"Somos una red de apoyo, mujeres que nos hemos empoderado, nos hemos dado la mano y hemos decidido que vamos a luchar por nuestros niños y adolescentes"

Delvis forma parte de la Red de Mujeres Unidas del barrio de Olaya Herrera en Cartagena de Indias. Frente a las diversas vulnerabilidades a las que se enfrentan niñas, niños, adolescentes y mujeres de su comunidad, Delvis se formó como lideresa y decidió trabajar activamente contra la explotación sexual, la trata y la violencia. Delvis ha ayudado a niñas víctimas a denunciar y salir adelante, moviliza a su comunidad y previene el delito y la violencia a través del trabajo colaborativo con otras mujeres, jóvenes e instituciones.

Milagros (19 años), Colombia, inspiró el cuento

***Camila - Las cicatrices invisibles** (pg.14)

"Hola, yo del pasado. Quiero decirte que estoy muy orgullosa de ti"

Es una joven lideresa de Riohacha, La Guajira. A partir del conocimiento de situaciones de abuso, explotación sexual y, sobre todo, frente a la resistencia social de familias y su comunidad de reconocer estos delitos, adquirió aprendizajes y hoy forma parte de la red EYCIAC, una organización juvenil activa en la protección infantil. Acompaña a sus pares en el reconocimiento de los riesgos, busca generar espacios de réplica y sensibilización, implementa los planes de incidencia de su grupo juvenil, trabaja con otras instituciones, comunidades y amplía el alcance de las estrategias que desarrolla la red juvenil.

La Fundación Renacer es la organización con la que Milagros y Delvis se formaron. La Fundación trabaja por la erradicación de la Explotación Sexual Comercial de Niños, Niñas y Adolescentes - ESCNNA, mediante programas de acompañamiento y atención integral a las víctimas, prevención, investigación, capacitación y asesoría a organizaciones y comunidades, desde la perspectiva de protección, defensa y restitución de los derechos de la infancia.

Érica (38 años), Bolivia, inspiró el cuento *Medi y yo - La sombra y la luz (pg.6)

"Caminar junto a ellas es mi manera de sanar"

Érica trabaja como educadora en Centros de atención a víctimas de trata y ESNNA en Cochabamba. Transformó las heridas que sufrió desde muy joven en un compromiso de vida con la protección de niñas y mujeres. Con el apoyo de las Hermanas Adoratrices, decidió dedicar su vida a rescatar y acompañar a niñas y adolescentes víctimas de ESNNA y Trata. Su liderazgo es empático y valiente: escucha, orienta y forma a jóvenes para que también sean protectores en sus comunidades. Sabe que quien conoce el sufrimiento puede ofrecer un acompañamiento real.

Hace más de diez años participó en la creación del movimiento **"Vuela Libre"**, impulsado por **Conexión ICCO** en Bolivia, y se ha convertido en una referente local en la prevención de la ESNNA y en la reintegración educativa y social de niñas y adolescentes. Aunque sabe que el sistema y la justicia a veces falla, no deja de tejer redes ni de creer en la fuerza colectiva.

Joseph (18 años), Bolivia, inspiró el cuento *Teo - Buscando la voz (pg.16)

"Antes era bien tímido. Ahora ya me animo a hablar con mi comunidad, con adultos y con otros jóvenes también"

Joseph vive y estudia en Desaguadero boliviano, frontera con Perú. Se percató que en esta ciudad binacional confluyen varios riesgos para las niñas, niños y adolescentes que pueden derivar en trata y explotación sexual, por eso quiso capacitarse y compartir la información con sus compañeros y compañeras, para que aprendan a cuidarse y comprendan los riesgos y las formas de captación. Él, junto al grupo de jóvenes líderes, empezaron a hacer campañas mediante videos de tik tok, murales y teatro y promueve acciones con la comunidad.

Joseph se formó con la metodología del modelo **"Tu Voz Inspira" del Programa "Transformación Comunitaria y Movilización Juvenil", de Conexión**. Es un modelo de movilización juvenil que combina educación, arte y comunicación multimedia para fortalecer el liderazgo y la participación de adolescentes y jóvenes. En este modelo, los jóvenes son el motor del cambio: lideran y promueven acciones de sensibilización, reflexión e incidencia que fortalecen el conocimiento de la comunidad, crean redes de apoyo y exigen una mejor respuesta de las instituciones encargadas de la atención y protección infantil.

Lizbeth (22 años), Bolivia, inspiró el cuento

***Paola - Recetas para despertar** (pg.18)

"Con la cocina puedes armar un camino distinto"

Lizbeth es una joven de El Alto apasionada por la gastronomía y por crear con sus manos. Creció en un entorno donde muchas formas de violencia se consideraban normales y durante años dudó de su propio valor. Su familia fue su refugio y su impulso para atreverse a participar en nuevos espacios.

A los 19 años ingresó a las escuelas gastronómicas Manq'a, modelo regional impulsado por Conexión, que promueve economías sostenibles vinculadas con la identidad territorial, el empleo digno y la diversificación de ingresos. En ese espacio, Lizbeth descubrió que la cocina es una forma de sanar y de construir futuro con sentido. Desde Manq'a se vinculó con otra iniciativa de Conexión "Tu Voz Inspira" plataforma latinoamericana que articula y moviliza a jóvenes líderes para promover entornos seguros y libres de violencia mediante la comunicación, el arte y la incidencia juvenil.

Con ese impulso y más confianza, Lizbeth creó junto a dos amigos su emprendimiento "ViRoLiz", con el que ganó concursos de cocina y capital semilla, y obtuvo una beca universitaria en Gestión y Emprendimiento. Hoy es una joven líder que inspira a su comunidad, impulsa espacios de participación juvenil y promueve la importancia de escucharse y creer en uno mismo.

Agradecimientos

Este libro nació del compromiso, la sensibilidad y la fuerza colectiva de muchas personas y organizaciones que, a lo largo de más de una década, han sostenido la esperanza de un mundo donde la niñez y la juventud vivan libres de violencia y explotación.

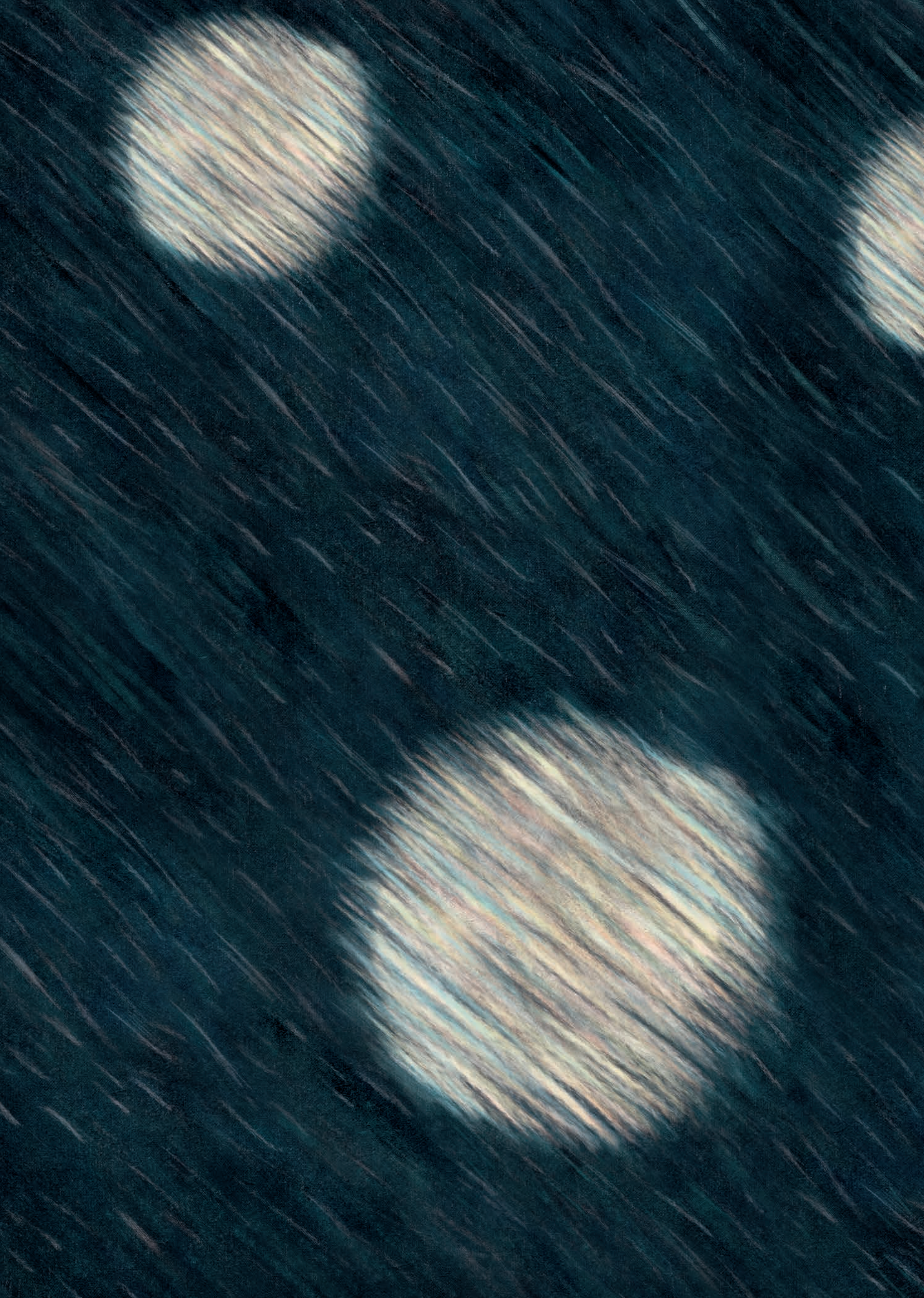
Agradecemos profundamente a las mujeres y jóvenes que compartieron sus historias, sus silencios, sus cicatrices y su valentía. Cada relato es un acto de resistencia, una semilla de conciencia y una invitación a mirar sin miedo lo que muchas veces se prefiere callar.

Nuestro reconocimiento a las organizaciones aliadas, instituciones y redes locales que acompañan día a día estos procesos de protección, atención y restitución de derechos. A la Fundación Renacer, El Refugio de la Niñez, Fundación Munasim Kullakita, gracias por no soltar las manos, por estar ahí cuando parece que nadie mira.

Agradecemos especialmente a la alianza Down to Zero con quienes venimos coordinando hace más de 10 años en 2 continentes y a nuestro equipo de Conexión y al movimiento Vuela Libre, por sostener un camino de articulación regional que ha hecho posible visibilizar estas realidades desde la empatía, el arte y la palabra.

Y a quienes lean estos cuentos, gracias por abrir el corazón, por atreverse a sentir, compartir y transformar. Que cada lectura se convierta en un vuelo de libertad, justicia y vida.





"Vuela" es una invitación a mirar sin miedo, a abrir caminos.

Cada cuento nace del compromiso y la esperanza de quienes creen en una niñez y una juventud libres de violencia. En sus páginas laten historias verdaderas, tejidas con valentía, empatía y amor.

Este libro celebra a las mujeres y jóvenes que se atrevieron a transformar el dolor en palabra, y a las organizaciones que nunca dejaron de acompañar.

Leerlo es volar junto a ellas, para recordar que la libertad también se escribe, se siente y se comparte.

¿Volamos?

